

Amar a la Iglesia para vivir en ella

Joaquín Alliende Luco

I. INTRODUCCIÓN

El poeta chileno Nicanor Parra es el más importante heredero de una tradición que cuenta con los nombres de Gabriela Mistral y Pablo Neruda. Es un hombre sorprendente. Con angustia busca respuestas contemporáneas. En uno de sus poemas leo:

"Los sacerdotes deben aprender a cantar.

Un sacerdote mudo no convence. Eso sí, que como reza San Agustín, en el canto eclesiástico no se permite la expresión personal, la voz no debe superar al verbo, puesto que el fin es el contacto con Dios y no con un artista de las cuerdas vocales"

Sin duda que el fin de nuestras lecciones es el contacto con la verdad, con Dios, la Iglesia y su misterio. Pero en nuestra reflexión no podemos seguir el consejo de Parra. Aquí no se prohíbe la expresión personal. Ella es necesaria. Quisiera ser un vehículo y una ocasión para que vosotros tengáis un encuentro vivificante con la Iglesia, pero no puedo sino hacerlo desde una experiencia ocurrida en un tiempo y una geografía, con un maestro.

Un tiempo:

Confieso que soy hijo de una generación singular. Fui ordenado sacerdote en las vísperas mismas del

Concilio. De modo que allá en Friburgo, en Suiza, estudié la teología previa al Vaticano II. Si bien en mis profesores y compañeros se sentía la gestación de una hora nueva en la reflexión de la fe. Pertenezco a una generación sacerdotal que vivió una honda conmoción. Tengo muchos amigos que dejaron el sacerdocio. Con muchos de ellos viví la hora dramática de su crisis. Esto me previene, no siempre con éxito, en contra de la frivolidad.

Una geografía:

Soy hijo de la Iglesia de América Latina. En ella viví el tiempo final del Concilio y los años que lo siguieron. Compartí las esperanzas que se despertaron en la Conferencia Episcopal de Medellín. Trabajé para uno de los primeros sínodos diocesanos en la aplicación del Concilio a la realidad de nuestras latitudes. Ejercí el ministerio pastoral en la investigación de la religiosidad popular y en la búsqueda de nuevos caminos para urgir una evangelización de la cultura. Tuve la gracia de participar en las reflexiones previas a la Conferencia de Puebla y asistir a ese encuentro episcopal. En él pude colaborar en las comisiones de evangelización de la cultura y religiosidad popular. Me ha tocado recorrer varios países de América del Sur y participar de experiencias pastorales en ellos. Soy, pues, un sacerdote latinoamericano post Medellín y post Puebla.

Un maestro:

Mi vocación de apóstol está marcada por la pertenencia a la Familia de Schoenstatt, fundada en 1914 en Alemania por el Padre José Kentenich. Soy miembro de un instituto secular, una de las varias comunidades que integran dicho Movimiento. El Padre José Kentenich fue puesto por su Santidad

Juan Pablo II como modelo de vida sacerdotal en la peregrinación que el Pontífice realizó por Alemania en 1980. Pero antes el Padre Kentenich tuvo un largo y difícil camino que recorrer como hijo de la Iglesia. Durante catorce años fue separado por el Santo Oficio de su Obra. El Cardenal Bea le dijo: "Sin el Concilio usted nunca habría sido comprendido." Recién acabada la última sesión, en 1965, Pablo VI lo recibió y lo rehabilitó. Este dramático proceso de mi fundador lo viví durante mis años de formación. Siento al Padre José Kentenich como al maestro que me ha proporcionado las claves teológicas para comprender el misterio de la Iglesia y, sobre todo, el guía espiritual que me enseñó a amarla en la oscuridad y la esperanza. Amarla ardientemente tal cual se me aparece día a día, noche a noche.

II. AQUÍ NUESTRO AMOR ES DESÉRTICO Y NOCTÁMBULO: QUIERE SER GRATUITO

Para una espiritualidad honda y una pastoral fecunda es necesario un realismo serio. El optimismo simplista que desconoce el pecado original es una construcción sobre arena. Con esta voluntad nos parece conveniente dejar sentado desde el inicio que nuestro amor a la Iglesia será siempre desértico y noctámbulo.

Somos peregrinos, amadores de una Iglesia que en su rostro histórico ella misma es caminante por un desierto. Y en cuanto a la Iglesia triunfante y purgante bien sabemos que sólo se perciben en la ardua fe.

En el campo de concentración de Dachau, el Padre José Kentenich —allí le retuvieron durante cuatro años— recibió de un prisionero lo que era entonces un genuino tesoro: un libro. Se trataba de una breve

obra de Albert Schweitzer. De ella el Padre Kentenich escogió un texto que cita en un escrito clandestinamente sacado de Dachau. Schweitzer habla de lo provisorio y fragmentario que es el conocimiento del otro. Dice que el caminar de dos personas, incluso de aquellos que llegan a la intimidad, sucede siempre en un claroscuro. "Sólo de tiempo en tiempo, por alguna experiencia que tenemos del compañero de ruta o por una palabra que cae entre ambos, aparece el otro ante nosotros un instante, como iluminado por un relámpago. Entonces lo vemos a él, tal cual es. Pero seguimos posteriormente, tal vez por largo tiempo, caminando en la oscuridad, y en vano procuramos representarnos los rasgos del amigo que en un momento estuvo ante nosotros" ².

Después sólo valdrá el recuerdo de lo visto y continuar caminando en la confianza.

Si esta forma noctámbula vale del conocimiento de otro hombre, cuánto más de las realidades sólo perceptibles por la fe.

Así es con la Iglesia. Amarla en el entretiem po de las
dos

venidas de Jesucristo es amarla en la situación desértica y noctámbula. Si lo tenemos presente no exigiremos claridades extemporáneas, nos estaremos armando para la fidelidad.

Desde el horizonte de la espiritualidad interesa sobre manera lo que Schweitzer en su comparación indica como el momento del relámpago. De pronto se enciende el cielo y veo. Veo al otro, veo a la Iglesia. Se me hace patente su santidad o su unidad. Es un instante privilegiado en la fe. Entonces hay que conservar en la retina lo visto para después vivir de esas luces. Hay que atesorar rápidamente claridades para que la memoria permita re-cordar, volver a poner en el corazón lo visto en el segundo generoso.

Pero quisiera todavía dejar apuntada otra nota: En el texto de la Conferencia General de Puebla, por errores de copia, se desdibujó una palabra. Se deseaba, bajo la influencia de los pastoralistas argentinos, que apareciera como afirmación el que la existencia cristiana implica gratuidad. El texto quedó así: "Fe que alimente una espiritualidad capaz de asegurar la dimensión contemplativa, de gratitud (decía: de gratuidad) frente a Dios y de encuentro poético, sapiencial, con la creación" ³. La reflexión que originó esta frase se relaciona con vosotros los españoles, y por eso la he traído aquí. Se decía, en efecto, que la evangelización hispánica de la cultura implica marcadamente esta nota cristiana de gratuidad en la fe y la caridad.

Pienso que esto tiene hoy una urgente vigencia. El amor hispánico a la Iglesia debe aportar esta veta. Las categorías funcionalistas del pensar contemporáneo han sido extremadas en el quehacer eclesiológico y en las posturas vitales consiguientes. ¿Para qué sirve? ¿Cuál es la función de la Iglesia, del sacerdocio, del Papado? Son preguntas ineludibles e interesantes, pero si está allí el último acicate no se llegará a la última contemplación.

El inicio de la sabiduría es la admiración, decimos. Es así porque la admiración permite que el otro sea lo que es sin que yo lo modifique con mi afán utilitario.

En los corrillos de los congresos pre-Puebla se citó como ilustración de este talante espiritual un poema de Panero dirigido a Miguel de Cervantes, que les vengo a leer ahora porque contiene un acopio de sabiduría hispánica acerca del amor:

EL QUE NO SIRVE PARA NADA

Porque Miguel es torpe, porque Miguel no sirve para nada. Porque no sirve para nada, como el arrebol soñoliento de la tarde y los pájaros. Porque no sirve para nada, como el olor de las encinas. Porque no sirve para nada, como Miguel en el umbral de las puertas. Porque es torpe y tartamudo, como un niño que es niño; porque besa lo absorto en lo inmediato y se fatiga cuando corre sin fe...

Porque Miguel, irremediabilmente, comprende; y es enemigo de los listos y amigo de los tartamudos.

Porque Miguel nos ama a todos. Porque, sencillamente, nos ama, desde su estatua de experiencia ilusa, desde su Miguel y su niño.

Porque llevo a Miguel de Cervantes, de mi mano, todos los días. Porque le llevo como a mi hijo, porque acaricio su estatura todos los días. Porque no sirve para nada.

Porque le gusta la bondad de los buenos. Porque le sube la madera ferviente de los buenos, como una cruz que se afianza. Porque se origina desde su risa. Porque sólo la libertad es su límite: digo y repito, como las olas, lo vivo de mi corazón, lo que se llama Miguel, lo que se ciega Miguel, lo que es España y Miguel, lo que es amor y Miguel, lo que es niño: lo que no sirve para nada...

Nuestro amor a la Iglesia, precisamente en la era tecnológica, debe y quiere ser un amor que "no sirva para nada", un amor gratuito, de benevolencia, de alabanza al Padre por el Hijo, en el Espíritu Santo.

III. LA DEBILIDAD DE LA IGLESIA COMO HECHO, PRUEBA Y ALEGRÍA DE FE

Cuando el gran patrólogo, ya fallecido, Padre Hugo Rahner, SJ, prologó, después de casi treinta años de trabajo, su obra sobre "La eclesiología de los Padres" escogió una cita de Ireneo para expresar su disposición. Ahora la tomamos nosotros de

viñeta. "Todo lo de la Iglesia debe ser amado entrañablemente y la tradición de la verdad debe abrazarse. Cada uno que lo quiera puede beber de la Iglesia la vida"

"Todo lo de la Iglesia debe ser amado..." Cuan poco imaginativo, cuan realista es este postulado en el creyente Hugo Rahner, lo certifica su conferencia en el Congreso de los Católicos Alemanes de 1956 ⁷. Intentamos, dice allí, "en esta hora de fiesta, profundizar... el misterio de la Iglesia miserable. Así, este tiempo festivo se transformará en hora de confortación, y el duro pan que debemos partir podrá saciarnos aún cuando ya el banquete de las grandes ideas haya terminado".

Para esta estrategia saludable propone: "tres pensamientos fundamentales deben guiarnos en esto: La Iglesia de la debilidad es para nosotros un hecho de fe, una prueba a nuestra fe y una alegría en la fe". Sigamos también este esquema en nuestra reflexión.

a) Hecho de fe

Desde el primer instante de su existencia el Pueblo de Dios ha tenido que vivir su fragilidad. Por esto en cualquier comunidad cristiana las palabras de Pablo a los corintios tendrán siempre eco. Puede ser que el perfil sociológico de los oyentes sea del todo distinto al de la primitiva comunidad griega y, sin embargo,

qué bien se formula la honda realidad permanente: "Y ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir al fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es; para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios" (1 Co 1,27-29).

Interesa consignar: aunque la realidad humana de la Iglesia de Corinto era muy precaria, a pesar de ello, o precisamente por ello, cayeron los cristianos allí en la arrogancia que Pablo debe romper como un globo fatuo, pinchándolo con el llano recurso de hacerlos mirarse simplemente. Es decir, ese puñado de pobre gente escogida cae en la tentación de olvidarse que han sido convocados por pura misericordia. Este curioso mecanismo se repetirá a lo largo de la historia de la Iglesia. No es fácil gozarse en la vocación y conservar la conciencia de pobreza.

En todo caso la Iglesia del siglo veinte sintió la necesidad de confesar su debilidad en el Vaticano II. En un texto que Juan

Pablo II cita y comenta con fruición, *Gaudium et Spes*, dice: "Aunque la Iglesia, por la virtud del Espíritu Santo, se ha mantenido como esposa fiel de su Señor y nunca ha cesado de ser signo de salvación en el mundo, sabe, sin embargo, muy bien, que no siempre, a lo largo de su prolongada historia, fueron todos sus miembros, clérigos o laicos, fieles al Espíritu de Dios. Sabe también la Iglesia que aún hoy día es mucha la distancia que se da entre el mensaje que ella anuncia y la fragilidad humana de los mensajeros a quienes está confiado el Evangelio" ⁸.

La argumentación de Hugo Rahner sobre la miseria eclesial como hecho de fe no tiene su eje central en la experiencia de los pecados en la Iglesia. El despliega la fundamentación última desde la cristología. Si Cristo salvó al mundo en "una irrevocable unidad tensional entre debilidad y fuerza,

entre destrucción y gloria... En este destino tiene que seguirlo la Iglesia. Porque ella es su Cuerpo".

Esta evidencia de fe tenemos que retenerla en el foco de toda nuestra reflexión: aquí está la clave para solucionar los interrogantes teológicos y las congijas inevitables de los peregrinos. Una y otra vez en los siglos se ha procurado romper esa trabazón del Cuerpo con la Cabeza.

La vieja tentación vuelve de nuevo, pero esta pertenencia mutua es simplemente constitutiva y "es necesario que nos acostumbremos a ver en la Iglesia al mismo Cristo. Porque Cristo es quien vive en su Iglesia..." , escribe Pío XII ⁹.

Cristo vive en ella, pero también muere y agoniza en ella. El quiso salvar al mundo desde el madero, y no hay otro camino. El discípulo no puede ser más que el Maestro, la Esposa no tiene otra ruta que la del Amado.

En Jesús esa miseria tomó las más humillantes formas del anonadamiento humano, menos la del pecado. Pero en la Iglesia el pecado tiene una presencia dolorosa. Esto ha sido explicado de diversas formas. El texto conciliar quiso formularlo cuidando que no se hiciera opaca la simultánea santidad de la Esposa siempre fiel: "La Iglesia encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación... (sancta simul et semper purificanda)" ¹⁰

En esta materia siempre se vuelve a citar la obra del Cardenal Journet ¹¹. Personalmente no olvido una conferencia que le escuché a él en la víspera del Concilio. Allí enfatizó que el

límite de la Iglesia pasa por nuestro corazón. Con sus manos nerviosas y enérgicas dibujaba en su vieja sotana negra el deslinde invisible, pero real, ilustrando una doctrina que preparó este texto de Pablo VI en El Credo del Pueblo de Dios:

"Es, pues, santa, aunque abarque en su seno a pecadores; porque ella no goza de otra vida que de la vida de la gracia; sus miembros ciertamente, si se alimentan de esta vida, se santifican; si se apartan de ella contraen pecados y manchas del alma, que impiden que la santidad de ella se difunda radiante" ¹²

b) Creer en la Iglesia es someter a la prueba nuestra fe

La debilidad de la Iglesia es, pues, un hecho de fe. Cada uno de nosotros podría narrar como él y su comunidad eclesial más próxima han sido prueba para la fe de otros. Y, a su vez, como en esta agitada época postconciliar le ha tocado ver a la Esposa de Cristo en su debilidad y miseria. Esta conmoción fue un escándalo insoportable para numerosos católicos. Sin embargo, la fe nos dice que esta es una prueba inexorable en la peregrinación.

La exigencia de una Iglesia pura y sin mancha ya aquí en la tierra se da siempre de nuevo en los cristianos. Ella puede tomar las diversas formas de catarismo o de aristocratismo eclesial. Los catarismos crasos de tipo sectario, debido a lo burdo, son pronto rechazados por la conciencia eclesial. Pero hay asuntos más sutiles. En América Latina, según mi parecer, algunos utopismos de una Iglesia que sería sólo la federación de comunidades eclesiales de base tienen ese resabio. El movimiento mismo de las comunidades eclesiales de base ha traído grandes bendiciones. Pero pretender que todos los miembros de la Iglesia pertenezcan a esos núcleos es una peligrosa utopía y un error estratégico garrafal, son expresiones de un aristocratismo larvado. A ello también la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla dedicó su atención. Lo

hace en el capítulo sobre la Iglesia ¹³ y en el de la religiosidad popular ¹⁴.

Con todo no se puede bagatelizar nunca la dolorosa realidad de que nuestro pecado oscurece el resplandor de la Iglesia como lumen gentium. Si nos preguntamos cómo cumple hoy la Iglesia en América Latina, o aquí en Europa su misión de ser "signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de

todo el género humano" ¹⁵ sentiríamos el desgarramiento de una llaga que nos acompaña siempre. Pero esta permanencia del dolor no debe llevarnos a un entreguismo fatalista. Si es prueba en la fe, la miseria de la Iglesia es siempre aguijón para convertirnos.

Hugo Rahner exige que no demos respuestas demasiado rápidas, que no hagamos un fácil escamoteo de las punzantes cuestiones. Habla de rehuir las "disculpas" procurando, eso sí, "consuelo".

Pablo VI cuando en su Credo reconoce el pecado de los miembros de la Iglesia, a continuación dice que ella "se aflige y hace penitencia ¹⁶.

El reconocimiento del pecado en la Iglesia se transforma en un camino de gracia. La dolorosa experiencia de volver a constatar la fragilidad tiene una salida de resurrección.

c) La Iglesia de la debilidad es una alegría en la fe

El Padre Hugo Rahner formula de modo clásico el gozo paradójicamente pascual: "En esta debilidad la Iglesia del Crucificado es la quintaesencia del poder de la gracia de Dios, un humilde signo sacramental del irrevocable y victorioso amor del Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Esta Iglesia débil es nuestra alegría en la fe. No sólo a pesar de que ella es débil, sino porque ella es débil."

Esta sabiduría de cruz es incomprendible a la carne. Pero mirando cielo y tierra desde el centro donde se cruzan los dos maderos del Gólgota es como la Iglesia exclama osadamente *felix culpa* y que San Agustín agrega a Pablo *etiam peccata*.

Cuando la Iglesia es llevada a los márgenes de la miseria, en el dolor acerbo por su impotencia, nace la más honda profesión de fe y su testimonio adquiere la contradictoria credibilidad de la heroica confianza. Cuando, como a Pablo "un ángel de Satanás (la) abofetea (es) para que no (se) engría". Es entonces cuando escucha decir a su Señor "mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza" y la Esposa debe responder como el apóstol: "Con sumo gusto seguiré gloriándome, sobre todo en mi flaqueza, para que habite en mí la fuerza de Cristo.. pues cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte." Pablo tiene el suficiente sentido común para agregar en seguida: "¡Vedme aquí hecho un loco!" (2 Co 12,1-11).

Con esta suerte de desvarío los santos son los
testigos del

límite cuando ya no hay otra explicación y otro recurso que el misericordioso poder de Dios. Es la espiritualidad bíblica de los pobres de Jahvéh que culmina en la Doncella nazarena y su Magnificat: "Mi espíritu se alegra en Dios mi salvador" . . . la debilidad fuente de alegría... "porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava... y exaltó a los humildes" (LC 2,46-55).

Este reconocimiento no tiene nada de paralizante, de un justificativo para continuar en el pecado. La visión del Magnificat nos revela al "Dios de la misericordia y del amor benigno... cuyo conocimiento... es una constante e inagotable fuente de conversión, no solamente como momentáneo acto interior, sino también como disposición estable, como

estado de ánimo. Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo "ven" así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a El. Viven, pues, in statu conversionis..." Es Juan Pablo II quien habla ¹⁷. Tanta creatividad le asigna el Pontífice a esta experiencia que la califica *conditio sine qua non* para realizar los grandes imperativos estratégicos pastorales. "La Iglesia contemporánea es altamente consciente de que únicamente sobre la base de la misericordia de Dios podrá hacer realidad los cometidos que brotan de la doctrina del Concilio Vaticano II" ¹⁸.

En el libro, recientemente publicado por la BAC, "La Renovación en sus Fuentes" ¹⁹ hace una exégesis del número 43 de *Gaudium et Spes* que ya citamos, donde se reconoce la distancia entre mensaje evangélico y la realización eclesial. El Papa subraya allí unas palabras que junto a la dimensión espiritual abren perspectivas pedagógicas sugerentes: "De igual manera comprende la Iglesia cuánto le queda aún por madurar, por su experiencia de siglos, en la relación que debe mantener con el mundo" ²⁰.

La experiencia de distancia entre ideal y realidad no es una llorosa frustración, es un impulso hacia el porvenir, para la conversión y la misión. El Papa dice: "Este criterio entra igualmente dentro de las prospectivas del futuro, y en cierto modo en los propios presupuestos de una renovación, que debe ser permanente" ²¹. Retengamos que la debilidad y la miseria aceptadas se transforman, por una dialéctica pascual, en gozo de fe.

IV. UNO QUE MEREZCA EL NOMBRE DE AMOR. FIDELIDAD A LA IGLESIA

El regalo y la exigencia de nuestro amor a la Iglesia están planteados simplemente por el hecho de que en el Cuerpo amamos la Cabeza. Porque es Ecclesiam suam. Y nuestro amor a Cristo es una respuesta al suyo que trata de corresponderle teniendo siempre los ojos en la dirección que Teresa de Jesús señala: "Mirad lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que para librarnos de la muerte la murió tan penosa como muerte de cruz" ⁿ.

Se trata que nuestro amor a Cristo y a la Iglesia — en la expresión de Teresa— se vaya "pareciendo al que nos tuvo Cristo; así merece el nombre de amor, no estos amorcitos desastrados, baladíes de por acá ²³.

¡Cuántos de nuestros "amorcitos desastrados" han resultado insuficientes para superar las crisis de nuestra Iglesia! ¡Cuántos hermanos nuestros no resistieron la prueba!

Pienso en el Cardenal Newman, en Juana de Arco, que en la prueba vieron a Jesús en la Iglesia y lo besaron crucificado en ella. Jamás pidieron a la Iglesia que se apartara para encontrar al Señor. A pesar de la oscuridad nunca quisieron quitarse de encima la Iglesia concreta que los rodeaba y probaba.

Newman experimentó duramente después de su conversión el desengaño que causó entre los católicos, porque no era capaz de arrastrar en pos de sí una corriente de conversiones masivas. Conoció amargos momentos, experimentó la incompreensión de Roma en esto y llega a preguntarse: "¿Qué puede Roma entender en este asunto?" ²⁴ y, sin embargo, en dos frases se sitúa existencialmente. Hablando de su

hermano Francis, dice: "A él la Iglesia no le importa nada, para mí la Iglesia significa todo" ²⁵.

De mi propia experiencia eclesial puedo traer el testimonio que presencié en el Padre José Kentenich. Lo visité en el tiempo de ese exilio de catorce años en Milwaukee. Pude conocer que en su corazón no había nada de resentimiento. Hoy tenemos a su favor el testimonio de los Papas. Pablo VI lo rehabilitó después del Concilio y, ya muerto el Padre Kentenich, lo puso como ejemplo de amor a la Iglesia ²⁶. Juan Pablo II, en dos ocasiones lo ha señalado como figura sacerdotal ejemplar (Fulda, 17 de noviembre de 1980; Roma, 28 de noviembre de 1980).

Muy distinta era para él la situación en el lugar de confinamiento. En lo más oscuro de esos catorce años, alguien le preguntó cuál sería el mejor epitafio que resumiera toda su vida; el Padre Kentenich contestó de inmediato: "Dilexit Ecclesiam." Amó a la Iglesia.

Tal vez muchos de vosotros podríais aportar otros ejemplos de amores a la Iglesia que merecen el nombre de tal, que nada tienen de esos "amorcitos desastrados, baladíes de por acá".

Ese amor se llama fidelidad y es el regalo del Espíritu más urgente para nuestro tiempo.

Para profundizar el concepto de fidelidad les propongo que vayamos a la escuela del Papa polaco. El nos trae la experiencia de una Iglesia que lleva siglos, decenios y meses viviendo la reciedumbre del amor. Polonia semper fidelis, es el lema escrito en una larga página de verdad.

En México dio una clase magistral sobre la fidelidad. Al inicio de su estancia en ese país desarrolló el tema. Lo introdujo así: "el Papa quiere hablaros hoy de algo que es y debe ser más, una esencia vuestra, cristiana y mariana: la fidelidad a la Iglesia".

En seguida desarrolla el tema, no en abstracto, sino meditando acerca de la fidelidad de María. Esta la despliega en cuatro dimensiones: búsqueda, aceptación, coherencia y constancia.

- Búsqueda: la fidelidad es un amor que busca el rostro de Dios ardientemente. Por eso la Virgen pregunta *Quomodo fiet?*
- Aceptación: la fidelidad es acogida, aceptación pronta del misterio. El *quomodo fiet* se transforma en *fiat*.
- Coherencia: la fidelidad es "vivir de acuerdo con lo que se cree". Ello implica "aceptar incomprendimientos y persecuciones". Esto es el núcleo de la fidelidad.
- Constancia: la fidelidad es un amor que ha pasado por "la prueba más exigente: la de la duración... Sólo puede llamarse fidelidad una coherencia que dura a lo largo de toda la vida. El *ýiat* de María en la Anunciación encuentra su plenitud en el *fiat* silencioso que repite al pie de la Cruz. Ser fiel es no traicionar en las tinieblas lo que se aceptó en público".

El Papa revela su intención pedagógica pastoral al respecto: "Quería invitaros a traducirla (la fidelidad) en inteligente y fuerte fidelidad a la Iglesia de hoy. ¿Y cuáles serán las dimensiones de esta fidelidad sino las mismas de la fidelidad de María? ²⁸.

"Fidelidad inteligente" pide Juan Pablo II. Pablo VI, en *Ecclesiam Suam*, tiene un pensamiento similar: "Debemos servir a la Iglesia tal cual es y amarla con sentido inteligente de la historia... "

Esto requiere comprender a la Iglesia en el momento que ella vive en este final de milenio.

Si miramos la existencia familiar, por ejemplo, podremos convenir en que allí los comportamientos de los protagonistas están radicalmente condicionados por los tiempos diversos: adolescencia o ancianidad, primer encuentro de la pareja con sus hallazgos o maduración posterior. En el amor familiar cada uno ama al otro en un tiempo determinado. Descubrir los tiempos del otro es una faceta mayor de la sabiduría de vida. Percibir los tiempos del Espíritu en la Iglesia es una simple exigencia de esa fidelidad inteligente que es aceptación, fiat duradero. Amar a la Iglesia es amarla tal como ella vive este tramo de su peregrinación hacia el Padre.

V. TRATANDO DE ENTENDER ESTE TRAMO DE LA PEREGRINACIÓN ECLESIAL

Ciertamente la Iglesia de cada país tiene un camino diferente. Hay diversidad entre las diócesis, entre las distintas familias religiosas. Pero, sin embargo, todos vemos que hay constantes que se verifican en la Iglesia entera.

Por otra parte, al abordar el tema de la Iglesia postconciliar debemos llevar nuestra reflexión dentro de unos márgenes que eviten oposiciones simplistas. Es lo que Juan Pablo II ha expresado diciendo "no hay —como algunos pretenden— una 'nueva Iglesia' diversa u opuesta a la 'vieja Iglesia', sino que el Concilio ha querido revelar con más claridad la única Iglesia de Jesucristo, con aspectos nuevos, pero siempre la misma en su esencia" ³⁰. En este entendimiento, buscaremos los "aspectos nuevos" para, amando esta Iglesia de hoy, vivir fecundamente en ella. En América Latina, Alberto Methol Ferré, filósofo e historiador uruguayo, miembro del equipo de reflexión del CELAM, echó a correr por revistas, libros

y conferencias una alegoría. Es una tipificación, cojea como todo ejemplo, pero resulta sugerente para muchos en la comprensión de la historia reciente de la Iglesia a partir de los pontificados. Hago hablar a Methol Ferré con palabras mías: La barca de la Iglesia en la época de Pío XII se encontraba en el puerto. Llevaba mucho tiempo allí y los marineros se habían acostumbrado a una vida terrestre. Amaban su barca, y por ello procuraban mantenerla en orden y hermosearla. El capitán, mirando hacia el horizonte, les indicaba la forma de sortear peligros, pero esas dificultades azarosas estaban más allá del puerto, y los marineros no practicaban el entrenamiento de la lucha en alta mar. Vino un Juan XXIII y gritó: *duc in altum*, debemos ir al centro de la tormenta que estremece a la humanidad entera. Fue su carismática moción para traer las ráfagas de la agitación que el mundo vivía hacia el interior de la comunidad eclesial en una forma más intensa que antes. Y la barca salió de puerto. Pero al poco de enfilarse hacia la mar alta, murió el capitán. Viene Pablo VI, un hombre de una grandeza que la Historia se encargará de señalar. Porque le corresponde el manejo en un tiempo extremadamente difícil. Los marinos, de tanto vivir dentro del puerto, habían perdido los reflejos de los navegantes y se marean al enfrentar las olas. Este mareo resulta dramático. El cuadro eclesial se confunde, se rompen jerarquizaciones, se trastocan categorías y lenguajes, se arrasa con símbolos. Tanto es así que muchos buenos y sensatos proponen volver al puerto. La grandeza de Pablo VI radica en que no ordenó ese retorno, mostró el horizonte y procuró que la confusión fuera serenándose. En el mareo algunos cayeron a la mar y habría un balance doloroso que hacer. Pero Pablo VI estaba convencido que el Espíritu mostraba caminos futuros de renovación verdadera y santidad. Su Magisterio es

señero. Bastaría recordar Evangelii Nuntiandi. Fue este Papa un personaje de la paciencia, un reflejo de esa paciencia divina que deja crecer la cizaña junto con el trigo, por temor a que arrancando las plantas nuevas se vaya a matar los gérmenes del Espíritu. Pero aquello no podía continuar indefinidamente, se necesitaba que viniera Juan Pablo I a traer una sonrisa amable, pero muy firme. El debía, en la Providencia, preparar la elección de un polaco. De un obispo proveniente de una frontera dolorosa de la Iglesia. Un hombre privilegiadamente preparado para conducir con energía el timón, sanar las heridas, traer un soplo de victoriosidad y de fidelidad incólume. Este es Juan Pablo II, cuyo estilo ya conocemos y cuya conducción es un signo de esperanza claro en medio de una probación que no termina. Estamos en alta mar, pero ya los reflejos marinos nos asisten mejor y el capitán marca con seguridad el Norte.

Personalmente siento que esta alegoría me ayuda a organizar experiencias. Eso sí, trato de comprender cada tiempo, cada tramo, como resultado de la honda conducción del Espíritu. Esta ocurre, por lo demás, de modo muy humano. Por ejemplo, la psicología un poco hamletiana de Pablo VI —la expresión es de Juan XXIII—, es el supuesto caracteriológico para esa paciencia divina postconciliar. Así también el modo eslavo y el trasfondo polaco de martirio de un Juan Pablo II resultan de una feliz sincronía con lo que hoy precisamos.

Pienso, por esto, que entre aquellos que no comprenden a Juan Pablo II, o no logran sintonizar con él, hay muchos que quedaron cautivos de los años sesenta. Creo que seriamente se puede afirmar que a menudo se trata de espíritus retrógrados. En Latinoamérica se da esto en relación con la Conferencia de Medellín, ocurrida en 1968. Ese fue un primer y valiosísimo esfuerzo por aplicar el Concilio a

nuestras Iglesias. Naturalmente era parcial y fue recibido en forma diversa y contradictoria. Después de diez años la Iglesia Latinoamericana tenía que puntualizar, complementar, corregir y reorientar lo vivido en el período post-Medellín. Eso fue Puebla coincidiendo con el inicio del Pontificado de Juan Pablo II. Desgraciadamente hay círculos cautivos en los años sesenta, fijados en un Medellín anacrónico, del que suelen hacerse unas lecturas unilaterales. Esa gente adopta de Puebla sólo aquello que confirma su interpretación de Medellín. Más allá de sus intenciones, padecen objetivamente de una sensibilidad retrógrada, no avanzan con el Espíritu en este tiempo nuevo, no se preparan para el final de milenio.

Mi generación sacerdotal vivió el Concilio con un inmenso entusiasmo. Me parece que un estudio histórico anotaría esta tónica ambiental hasta un corte que debiera datarse en 1968.

En aquellos años la actitud del Padre José Kentenich no era fácil de entender por todos. A mí no dejaba de causarme sorpresa y de hacerme bambolear mis esquemas demasiado simples.

Aunque el Padre Kentenich fue rehabilitado en el momento y en el clima postconciliares (hay que recordar la afirmación del Cardenal Bea diciendo que sin el Concilio nunca la Iglesia habría entendido la postura kentenichiana), sin embargo, él fue muy cauto en esa hora. Tenía una inmensa esperanza y gratitud después del Concilio. Sentía que, por fin, la Iglesia asumía elementos necesarios que la preparaban para enfrentar el futuro, pero él pronosticó, que junto a la gran acción del Espíritu Santo, aparecerían una serie de fenómenos desconcertantes en el período postconciliar. Durante largo tiempo, incluso, turbarían preponderantemente la acción de la gracia. Él estaba consciente de que el Demonio no iba a quedar

paralizado viendo cómo la Iglesia se renovaba en su vocación y misión. Lucifer tenía que intentar destruir esa primavera. Y lo iba a hacer, decía el Padre Kentenich, tomando una expresión ignaciana, como "mono de Dios". Es decir, iba a remedar una renovación, pero falseándola, iba a aprovechar la aceleración histórica del cambio, para llevar a una serie de desorbitaciones y de reacciones pendulares. El Padre José Kentenich afirmó desde el comienzo, que pasarían unos cuarenta o cincuenta años hasta que la Iglesia recibiera en plenitud los benéficos impulsos del Espíritu en el Concilio. Antes habría un doloroso tramo. Pero esos dolores no serían de agonía, sino de parto. El repetía: el mañana será oscuro, pero el pasado mañana será de la Iglesia.

Hace poco el Papa ha retomado el tema. Resulta interesante que lo haya hecho en un documento espiritual dirigido a los sacerdotes. Porque precisamente en ese estamento es donde se ha jugado decisivamente la cuestión. Allí también se darán los pasos decisivos para una renovación más profunda en santidad y audacia. Juan Pablo II, en su plegaria con ocasión del Jueves Santo de 1982, escribe: "Nos entristece que los años siguientes al Concilio —indudablemente ricos en fermentos benéficos, pródigos en iniciativas edificantes, fecundos para la renovación espiritual en todos los sectores de la Iglesia— hayan visto, por otro lado, surgir una crisis y manifestarse no raras quebraduras."

El tema da para mucho más. Aquí sólo este esbozo.

VI. UN ESTILO DE VIDA

Vivir en la Iglesia es vivir en la gracia de Jesucristo, es vivir el bautismo, estar asumidos por Cristo en la Trinidad, es formar parte del Pueblo de Dios, de su Familia aquí en la tierra y ser constructores del Reino.

Esto es el misterio siempre nuevo. Pero hay unas actitudes que configuran el talante oportuno de nuestro amor a la Iglesia ahora.

El Papa Juan Pablo II, en su magisterio, ha procurado diseñar este perfil. Más aún, de él mismo dimana un estilo de vida

eclesial que puede inspirarnos, para que cada uno a su modo ejerza su vocación de bautizado con empuje y creatividad. Para asir la textura vital tan rica que tratamos, propongo algunas descripciones aproximativas.

a) **Benevolencia lúcida**

Benevolencia, querer bien. Una decisión para querer amar a la Iglesia. Es voluntad y no veleidad. Una voluntad firme para, movidos por la gracia, ser fieles a la Iglesia con radicalismo. Es una energía militante. Juan Pablo II, en la homilía sobre la fidelidad que hemos comentado, lo plantea así: "Pertener a la Iglesia, vivir en la Iglesia, ser Iglesia es algo muy exigente. Tal vez no cueste la persecución clara y directa, pero podrá costar el desprecio, la indiferencia, la marginación. Es entonces fácil y frecuente el peligro del miedo, del cansancio, de la inseguridad. No os dejéis vencer por estas tentaciones. No os dejéis desvanecer por algunos de estos sentimientos el vigor y la energía espiritual de vuestro 'ser Iglesia', esa gracia que hay que pedir y estar prontos a recibirla con una gran pobreza interior, y que hay que comenzar a

vivirla cada mañana. Y cada día con mayor fervor e intensidad...

Benevolencia iluminada por la lucidez de la fe que nos dice que la Iglesia de nuestro amor aquí es el Pueblo de Dios en el entretiem po, en la misteriosa lucha de la historia.

Quien sincronice su benevolencia con el Espíritu sabrá que no puede esperarle una existencia floja, sabrá escuchar a Teresa decir lo que ella pedía a sus carmelitas: "Pelead como fuertes hasta morir en la demanda, pues no estáis a otra cosa sino a pelear" ³². Y esto no era retórica, como bien sabemos. No, era el realismo airoso de los santos.

b) Complacencia eucarística

Hay una complacencia carnal, narcisista, triunfalista. Es cuando la Iglesia peregrina se atribuye las galas de la Iglesia en la gloria. Es un inmovilismo idolátrico. Siempre tendremos que examinarnos si no caemos en estas viejas y nuevas tentaciones. No hablamos de esa complacencia. Nos referimos a una forma del amor, la agradecida, la que viene de un corazón de pobre que no se cansa nunca de admirarse por los dones de Dios. Nos referimos a un amor a la Iglesia que siempre está descubriendo el misterio en lo hondo del ropaje.

Si un tiempo fue necesario recordar ante todo la pobreza, los límites de la Iglesia, purificarnos muy acuciosamente de todo triunfalismo, me parece que hoy va siendo necesario tener una valentía un poco diferente. Hace bien que se levanten unas voces para describir y cantar la hermosura de la Iglesia de hoy y de aquí. Precisamos gente que nos enseñe a gozar en la penumbra con las luces que el Señor nos da en su Esposa. Y si la lengua se aventurara en un adjetivo de más, podríamos recordar un verso machadiano:

"A las palabras de amor les sienta bien su poquito de exageración" ³³.

Si no hay un gozo por la Iglesia, no hay pleno amor a Ella. Los Obispos reunidos en Puebla no consideraron ocioso recomendarnos: "La Iglesia de hoy no es todavía lo que está llamada a ser. Es importante tenerlo en cuenta, para evitar una falsa visión triunfalista. Por otro lado, no debe enfatizarse tanto lo que le falta, pues en ella ya está presente y operando de modo eficaz en este mundo la fuerza que obrará en el Reino definitivo" ³⁴.

Todo amor verdaderamente humano y traspasado por la gracia tiene como componente este elemento admirativo. Podríamos decir que mientras más pobre es el corazón, más preponderancia tiene la gratitud. Toda la espiritualidad bíblica nos lo enseña así.

La santa de Avila nos revela un matiz del amor que apunta a la expresión del amor. Escribiendo a las Descalzas de Sevilla les dice: "Yo las cobré mucho amor y así no me espanto que vuestra Reverencia me le tenga —que siempre se lo tuve— aunque me es regalo oírlo.. ³⁵ El amado, la amada, siente el regalo del amor manifestado. No sólo tenemos que alabar a Dios por lo que nos regala en la Iglesia, también debemos de vez en cuando decir y profesar a la Iglesia lo que la queremos.

Esta complacencia de pobre, de hijo, que nace de la espiritualidad de las bienaventuranzas, culmina siempre en la Eucaristía. Allí la Iglesia eleva al Padre, en el Hijo, su acción de gracias. Ella entera es la comunión de los hijos que tienen por gesto propio el agradecer según aquello que "ser cristiano no es, primariamente, asumir una infinidad de compromisos y obligaciones, sino dejarse amar por Dios, como el

mismo Cristo que es amado y se siente amado por el Padre, según lo afirma con toda su vida y lo dice expresamente: 'El Padre me ama' (Jn 10,16)"

c) Beneficencia eficaz, alegre y misericordiosa

Un amor que no es útil al amado es incompleto, radicalmente mutilado. La Iglesia debe buscar todas las formas de eficacia que el Señor ha puesto en su mano, procurando no contaminarse jamás con las nociones mundanas de eficacia. Nuestro amor a la Iglesia no debe tener ninguna languidez romántica, no debe ser una justificación sensiblera para nuestra pereza y nuestra incapacidad de entregarnos con inteligencia y habilidad.

Procurar conscientemente que nuestro hacer eclesial sea eficaz es una forma de humildad, de aceptar las condiciones encarnacionales del misterio de la Iglesia. Es algo así como una economía de pobreza: puesto que los recursos son escasos, debemos aprovecharlos bien. Pío XII habló del amor eficaz en el contexto de la debilidad: "No basta amar este Cuerpo místico por el esplendor de su divina Cabeza y de sus celestiales dotes; sino que debemos amarlo también con amor eficaz, según se manifiesta en nuestra carne mortal, es decir, constituido por elementos humanos y débiles, aun cuando estos a veces no respondan debidamente al lugar que ocupan en aquel venerando Cuerpo" ³⁷ No están los tiempos para que desperdiciemos fuerzas, debemos promover las iniciativas que estratégicamente sean más creadoras.

Como en otros momentos de crisis, lo más rentable es crear modelos, casos preclaros, estructuras ejemplares en donde las soluciones que proponemos sean perceptibles y atractivos. Verbigracia el modelo de convivencia eclesial que intentamos practicar durante esta Semana de Espiritualidad en una síntesis

de oración, diálogo y reflexión, es de la más alta importancia táctica en la renovación de la Iglesia española. El tiempo lo demostrará cada vez más.

En todo caso, quiero señalar que, si bien el debate teológico es fundamental e ineludible, una mera postura apologética es infecunda. En definitiva, la vida más rica y generosa es la que marcará el rumbo de la Iglesia. De ahí que la eficacia de nuestro

amor por ella, nuestra beneficencia, ha de orientarse a abrir el máximo de fuentes de vida, de focos de creatividad eclesial.

Con metáforas kentenichianas lo diría así: No debiéramos caer en el nerviosismo de aquellos que van apagando fuegos aquí y allá. Tales bomberos serán incapaces de dominar el incendio. Mejor estrategia es aquella que practican ciertos habitantes de las estepas. Ellos no se detienen a sofocar fogatas, prefieren encender un contrafuego que, avanzando por los pastizales, enfrente al primer incendio y lo arrolle con una temperatura más alta.

Hoy, más que bomberos nerviosos y nostálgicos, necesitamos honderos que catapulten un fuego más ardiente hacia el futuro. Muchas controversias actuales serán saldadas por testimonios fervorosos de una santidad eclesial postconciliar. Tan sólo una primavera de santos futuristas es la solución a nuestra problemática de hoy.

Pero este amor eficaz ha de estar impregnado de alegría. Si vamos angustiados y apesadumbrados por la condición militante de nuestra vida eclesial, seremos incapaces de insuflar la victoriosidad pascual que la Iglesia necesita. El más grande capital contemporáneo es la alegría cristiana, alegría sólida que viene de reposar en el Padre.

Durante la Conferencia de Puebla varias veces se tocó este tema. De preferencia cuando se abordó la religión de los pobres, del catolicismo popular. Así, por

ejemplo, se habla de una "fe que sea fuente de alegría popular y motivo de fiesta aun en situaciones de sufrimiento" ³⁸, y antes se había consignado que ese pueblo, traspasado de fe, tiene una forma cultural, la que "proporciona las razones para la alegría y el humor aun en medio de una vida muy dura" ³⁹. Y tratando el tema de la angustia histórica que irá acentuándose hacia el final del milenio, propone asumir esas inquietudes "en el señorío de Cristo y en la Providencia del Padre, para que los hijos de Dios obtengan la paz necesaria mientras luchan en el tiempo" ⁴⁰.

Vivimos días en los que muchos de nuestros hermanos están destrozados por la crisis cultural. El Padre de los cielos los mira a ellos y a nosotros con misericordia. La Esposa de Jesucristo, la Madre Iglesia, no puede tener otra entraña. Nuevamente tendremos que volvernos al magisterio de Juan Pablo II. El nos habla de una "Iglesia que trata de practicar la misericordia". Entre tanta riqueza que él despliega cojamos una veta: "recordemos, además, que el amor misericordioso indica también esa cordial ternura y sensibilidad de que tan elocuentemente nos habla la parábola del hijo pródigo o de la oveja extraviada o de la dracma perdida... El amor misericordioso es sumamente indispensable entre aquellos que están más cercanos: entre los esposos, entre padres e hijos, entre amigos; es también indispensable en la educación y en la pastoral" ⁴¹ Nuestra pedagogía y nuestra acción pastoral, nuestra beneficencia eclesial en este tiempo crítico debe ejercerse con un estilo misericordioso. Así sabremos responder a los signos de los tiempos. El sello misericordioso de nuestra eficacia será la mejor comprobación de su origen evangélico.

VII. LA MADRE QUE DESATA Y ANUDA. MARÍA EDUCA A LA IGLESIA EN LA FIDELIDAD

En algunas regiones de la Iglesia se venera a María como "la que desata los nudos" (Knotenlöserin en alemán). Los mariólogos podrán encontrar allí referencias de Ireneo. La metáfora es iluminadora. Cuántos nudos llevamos dentro que necesitan de una mano dulce y firme para ser disueltos o transformados en un hilo lineal y constructivo. La que fue llamada por el Concilio Prototipo e Imagen ideal, la que fue declarada Madre de la Iglesia, tendrá que ser también la pedagoga de estos católicos del final de milenio que quieren amar ardiente y gozosamente a su Iglesia.

Ante todo, ella es una presencia singular. Su irradiación en la Iglesia significa, según el decir de Puebla "una presencia femenina que crea el ambiente familiar, la voluntad de acogida, el amor y el respeto por la vida. Es una presencia sacramental de los rasgos maternales de Dios. Es una realidad tan hondamente humana y santa, que suscita en los creyentes las plegarias de la ternura, del dolor y de la esperanza"⁴². Muchas de las agresividades postconciliares no tendrían cabida entre nosotros si esa presencia femenina fuese más viva, más aceptada.

Ella también nos enseña un pudor, la nobleza y el recato respecto a las debilidades de la Iglesia. Nos enseña a saber callar, y no caer en estridencias que no son sino descarga de nuestros conflictos no madurados ante Dios. El Padre José Kentenich, refiriéndose a su comunidad como Iglesia en pequeño, como familia mariana, escribió desde el campo de concentración de Dachau: "Las arrugas de esta familia, sus faltas y debilidades nunca destruirán mi

respeto por ella; no permitiré jamás que sus limitaciones humanas me aparten del gran amor que le profeso. Lo que hacia fuera no pueda aumentar su honra, siempre me guardaré de publicarlo; sobre ello extiendo un manto de silencio y lo expío con una vida de santidad. Y aunque me desengañe esta familia, nunca me apartaré de su lado, lo que ella me dio quiero retribuírsele elevando siempre su esfuerzo hacia lo más alto" ⁴³.

María nos educa para amar así a la Iglesia. Por otra parte, ella nos inculca algo muy característico suyo: vivir humildemente en el misterio, sin pretender imponerle a Dios tiempos y modos necesarios para su actuar. Estar pobremente, filialmente, aguardando los signos de una voluntad misteriosa. Charles Peguy, en el "Misterio de la caridad de Juana de Arco", culmina su obra con una meditación sobre la Iglesia que tiene fe en las promesas aun en el insondable acontecer del martirio: "Frente a las promesas eternas. La promesa de la eternidad. La promesa hecha a la Iglesia. Frente a las promesas, qué significa el suceso; el pobre, el miserable suceso; todo lo que acaece. Qué sabemos. Qué sabemos. Qué vemos. Y aunque así fuera, es un asunto del buen Dios: la misma Cristiandad es suya, la Iglesia es suya. Cuando yo hago mi plegaria y soporto bien mi sufrimiento, El me escucha según su voluntad; no nos toca, no le toca a nadie pedirle razones. Nosotros estamos en manos de Dios. Los caminos de Dios son insondables" ⁴⁴. Una tal apertura, docilidad y delicadeza ante los planes de Dios nos quiere regalar María en la Iglesia ahora.

Ella desata, pero también anuda la fraternidad. En el texto poblano se lee: "María, Madre, despierta el corazón filial que duerme en cada hombre. En esta forma nos lleva a desarrollar la vida del bautismo por el cual fuimos hechos hijos. Simultáneamente ese carisma maternal hace crecer en nosotros la

fraternidad. Así María hace que la Iglesia se sienta familia"

Pero otorga, además, una gracia particular. Ella, la Virgen fiel, tiene la facultad materna dada por Dios de engendrar fidelidad, de templarnos en ella. Hemos reiterado que amar hoy a la Iglesia significa ser fiel. Les invito a echar una última mirada hacia Polonia. En esa Iglesia se dan expertos en fidelidad. Los Obispos polacos enviaron el 5 de septiembre de 1971 una carta

a todos los Obispos del mundo. Entre otros, firman el Cardenal Wyszynski y el Cardenal Wojtyla. Es un recado estremecedor. Escrito diez años antes que la Providencia confirmara el camino del Pueblo de Dios en Polonia por el signo que es Juan Pablo II. Desde la oscuridad escriben estas palabras con las que quiero terminar: "En el umbral de nuestro milenio deseamos transmitir este dulce secreto de nuestra historia como íntima experiencia al mundo entero afligido, señalando a María, Madre de la Iglesia, como garantía de fidelidad a Dios y a la Iglesia. Si las naciones católicas han de ser semper fideles a la Iglesia, deben asirse a la mano maternal de la Inmaculada Madre de Cristo. Nuestra fe en este aspecto es inquebrantable... Confesamos ante vosotros, Reverendos hermanos, y ante el mundo entero, que debemos la fe de nuestra nación, su adhesión a la Iglesia y a la Sede Apostólica, al rumbo marial de nuestra actividad pastoral. Los vínculos seculares de la nación con María, Reina de Polonia, le ayudaron a ser fiel a Dios y a la Iglesia"